

## RECENSIONES

SOCIÉTÉ D'ÉTUDES ET DE PUBLICATIONS ÉCONOMIQUES: *L'ONU: utile ou néfaste?* París, Librairie Hachette et..., 1962, 238 págs.

Recogemos aquí una manifestación de una colección francesa consagrada a constituir vivos documentos sobre las *grandes cuestiones* del momento.

Nadie puede dudar de que una de esas *grandes cuestiones* es la O.N.U., sobre la que convergen interrogantes e incertidumbres. Así se deduce del volumen registrado ahora.

Una visión francesa de la trayectoria de la O.N.U. en sus veinte primeros años es elaborada por René-Jean Dupuy—profesor en la Facultad de Derecho de Aix-en-Provence—. A través de una treintena de páginas se pasa de la parálisis de la Organización—al nivel de la concepción de 1945—a las perspectivas de 1962—escapar del *babelismo*, para proseguir el *diálogo de los hombres*—. No son agradables las realidades evidenciadas por las Naciones Unidas. Ahí está el diferente trato otorgado a los países europeos, a las dos Superpotencias o a un Gobierno del *tercer mundo*.

Este último aspecto es subrayado también por Raymond Aron (página 222). Ahora bien, al conocido intelectual francés, la O.N.U. se le aparece como «organización política encargada de arreglar las diferencias entre las naciones». Por otro lado, conviene aprehender con Aron la trascendencia de que el mundo actual no sea el reflejo de la Carta, sino—esencialmente—el reflejo del fracaso de la Carta (pág. 212). Sentado esto, no ha de sorprender la justa actitud del pensador galo: Hemos de partir de la idea de que el mundo es como es y que hay una Organización llamada Naciones Unidas, la cual existe y existirá, queramos o no. En tal contexto, hemos de jugar las cartas favorables de que disfrutemos.

Y, precisamente, Jean Lacouture—en *¿Tiene razón Francia?*—lamenta que su país *niegue la O.N.U.*—sobre todo en las circunstancias en que múltiples delegaciones hablan su lengua—. El mentado escritor hace la evaluación de las posibilidades que se abren a una eficaz acción de la diplomacia gala con la admisión de esos Estados africanos de expresión francesa.

Un extremo extraordinariamente sugerente del volumen reseñado es la política de bloques. Aportación de Michel Virally—profesor en el *Institut des Hautes Etudes Internationales* de Ginebra—, ofrece el cuadro de reagrupamientos, más o menos coherentes, más o menos duraderos, en que se desenvuelve el juego de fuerzas de la Organización. El autor registra las peculiaridades de los distintos grupos, la *montée* de los afroasiáticos, etc.

Lo que piensa una parte el *tercer mundo* acerca de la Organización mundial se conoce por medio de las valoraciones de L. Rakotomalala. En ellas se asiste a la pérdida de muchas ilusiones, al advertir que la O.N.U. no es un organismo perfectamente imparcial, sino un organismo político donde los votos no siempre se inspiran en los méritos del caso sometido a su examen (pág. 145), y asimismo, a la fe total en el papel de las Naciones Unidas. Para el diplomático malgache, la O.N.U. aparece

## RECENSIONES

como una necesidad vital, para la salvaguardia de la paz, permitir a los débiles la exposición de sus quejas y de sus temores y la abierta discusión de los grandes problemas de nuestra hora. Pero todo esto con reformas en el espíritu y en el texto de la Carta (pág. 147).

Y, en esta ruta, la incorporación de Iberoamérica al *tercer mundo* se podrá seguir leyendo las apreciaciones—experiencias y esperanzas—de un brasileño y alto funcionario de la O. N. U.: Tavares de Sá. Afirmación de éste es la *poussée* de la América Ibera hacia una inevitable fraternidad con los otros países subdesarrollados...

Algunos asuntos clave de la dinámica de la O. N. U. presentados por el libro comentado son: la cuestión de la China de Pekín (estudiada por G. Wolff—director de la Agencia *France-Press* cerca de las Naciones Unidas—); el Congo (perfil analizado por un conocedor del asunto: Brian Urquhart); y Suez (controvertido episodio).

La atmósfera de los pasillos, la pequeña Historia de la Organización y su nueva faz se describen por Anne Weill-Tuckerman—corresponsal de *France-Press* cerca de la O. N. U.

G. Wolff hace la historia de Hammarskjöld, *el hombre que fue la O. N. U.* (paladín del siglo xx, patricio sueco internacionalista), con su imagen del funcionario internacional—despersonalizado políticamente—y con su doctrina internacionalista. La sucesión de *Mister H* es estimada por Jean Schoebel como un caso de compromiso eficaz, recogiendo el punto de vista de U Thant sobre las Naciones Unidas, consideradas como un organismo dinámico capaz de resolver las crisis internacionales y no una simple tribuna. Y las facetas de *este hombre que es la O. N. U.* son indicadas por el citado Wolff: burgués asiático, convertido en intelectual, profesor de Instituto, socialista y, finalmente, diplomático internacional; impasible delegado; ni personalidad eminente, ni—todavía menos—un personaje espectacular; hombre de trabajo, serio, metódico y puntual.

Hemos de llamar la atención sobre las ocho páginas de textos y atrayentes gráficos que, en apéndice del trabajo de Virally, interpretan la consistencia de los bloques y sus evoluciones. Una contribución al enfoque del *Bloc Voting*.

En anexos, destinados a completar el panorama de las actividades de la O. N. U. y de sus grandes problemas, van pormenores sobre la estructura de la Organización (principales órganos, órganos subsidiarios e instituciones especializadas formando parte de la familia de las Naciones Unidas).

Dentro de los anexos, la última parte del libro se dedica a presentar fichas de cada uno de los Estados miembros de las Naciones Unidas. En ellas se ofrecen los siguientes detalles: capital de la nación, superficie, población, forma de gobierno, unidad monetaria, fecha de ingreso en la O. N. U., actitud en la escena internacional, pertenencia a Pactos. También se hace referencia a los países que aún no son miembros de las Naciones Unidas. A renglón seguido se traza una panorámica de cada uno de los principales Pactos, Tratados o Alianzas militares y de las Organizaciones regionales no militares.

Para concluir, anotaremos la *moral* que parece deducirse de las estimaciones contenidas en el presente volumen. Y para ello echaremos mano de unas ideas expuestas por Maurice Schumann en el prólogo: «siendo hoy colectiva la tragedia, es más necesario proseguir el largo diálogo de los hombres...».

Y, al final de nuestras líneas, no podemos dejar de admirar el temple—cuando no el empuje—de todas esas instituciones culturales, editoriales y hombres del pensamiento que—conscientes de las exigencias de su tiempo—se enfrentan con el arriscado discurrir de la Organización mundial, y, de forma objetiva y viviente, abren el diálogo sobre su naturaleza, su valor, su utilidad, para hacer *estar al tanto* a la opinión pública contemporánea. ¡Buen servicio, que bien merece aplausos... y seguidores!

LEANDRO RUBIO GARCIA.

CLAUDE MARTIN: *Histoire de l'Algérie Française, 1830-1962*; Editions des 4 Fils Aymon, París, 1963, 508 págs.

El título mismo de la obra dice a las claras que el propósito de Claude Martin es ceñirse a estudiar un período histórico determinado de un sector magrebí que, por avatares sucesivos, ha venido existiendo con una adjetivación extranjera (Cartago, Roma, los vándalos, Bizancio, los árabes, etc.). Porque el Magreb Central o Argelia no fué nunca una auténtica entidad nacional, con personalidad propia y actuación histórica independiente, a no ser accidentalmente, hecho este incuestionable. De suerte que Argelia «tiene una historia escrita por extranjeros» (griegos, romanos, cronistas árabes, escritores españoles y universitarios franceses), lo cual es muy significativo, quienes sólo han podido relatar «una serie de dominaciones coloniales más o menos duraderas, separadas a veces por intentos de fundación de Estados nacionales que... regularmente han concluido por un fracaso». Sobre la base de acontecimiento históricos, estos extremos se estudian en tres de los capítulos de la primera parte de *Histoire de l'Algérie Française* (El Magreb Central antes del Islam; El Magreb Central islámico; La Argelia turca), estando el primero de dichos capítulos dedicado a trazar el cuadro geográfico de esa historia en que a un *tempo* de dominación difícilmente lograda por la resistencia de los naturales, o sea un *tempo* de coherencia, suceden incoherentes y vanos esfuerzos en pro de la afirmación de la existencia en cuanto país con destino propio. Estos fenómenos de dominación y de lucha para imponerse como hecho nacional se han producido en Argelia con una constancia que parece de ley histórica.

Tras esta relativamente poco extensa parte de la obra, modelo de síntesis y claridad que se fingen facilísimas, pero que son exponentes incuestionables del profundo conocimiento del tema, Claude Martin considera en la segunda parte de su *Histoire de Algérie Française* el período comprendido desde la conquista de Argel hasta 1870, el «año terrible», pues coincidiendo con la derrota francesa en la guerra franco-prusiana se produce la gran rebelión kabília dirigida por Mohkrani, duramente aplastada y seguida de la confiscación de las tierras, lo que permitió a la interrumpida colonización de reanudar su marcha, marcha hasta tanto zigzagueante, cual reflejo de las vacilaciones francesas en una tarea que, iniciada sin otro propósito que un éxito militar que apuntalara el trono de Carlos X, se convirtió, por circunstancias complejas que el historiador expone y razona, en el gran quehacer de la conquista primera del Magreb Central, posteriormente en la preocupación de qué hacer con esa conquista y, finalmente, en la ineludible necesidad de asegurarse los flancos de la conquista, de donde nació, bajo la III República, la idea de los protectorados de Tunicia y Marruecos. Estas circunstancias complejas, que Claude Martin examina hasta en sus honduras, confirieron a la política de Francia en Argelia un carácter un tanto empírico, con frecuencia contradictorio en lo político-administrativo, si bien bajo la tupida red de disposiciones legislativas y cambiantes rumbos y comportamientos frente a los indígenas, se diseñó desde un principio una dinámica de puesta en valor de Argelia, tanto en razón de la presencia en el territorio de poblaciones de origen europeo como de concretos intereses financieros cuya expansión hacia ultramar era inevitable consecuencia del momento económico europeo. Esta acción desfasada entre lo político vacilante y lo económico que apuntaba metas concretas, estas divergencias entre el poder metropolitano y el empuje de las realidades existentes en Argelia, si bien tuvieron expresiones muy variables en el tiempo, reflejan, a nuestro entender, la tónica general de la acción de Francia en Argelia, que, según resulta de la obra de Claude Martin, debieran llamarse *las acciones* francesas en Argelia. La labor del General Bugeaud es muy significativa en orden a lo que más tarde se llamó «la Argelia francesa», pues bajo su mando afloran ya una serie de problemas que, con modalidades distintas, seguirán siendo siempre los de Argelia: el antagonismo entre el poder militar y los civiles, los puntos de vista del poder metropolitano en pugna con la visión de las cosas de su repre-

sentación en Argelia y los colonos, los indígenas en irrefrenable expansión demográfica frente a la minoría de origen europeo afincada en Argelia, problemas éstos que los conceptos nebulosos de Napoleón III sobre el futuro del territorio no hicieron más que agravar, singularmente en orden a la colonización. Porque, como ya hemos señalado, una de las tesis que se desprenden de este estudio exhaustivo de la presencia francesa en el Magreb Central es la carencia en la Metrópoli de una idea política clara y continuada que se mantuviera a salvo de los vaivenes de la política interior francesa, siempre agitada por divisiones, luchas y pasiones.

La III República marca el apogeo de la Argelia francesa e inaugura una cierta continuidad en la acción de Francia, a la par que siembra la semilla de una serie de contradicciones que no hacen sino desarrollar los antagonismos ya señalados en Argelia, singularmente el antagonismo entre el poder central y la comunidad de origen europeo (véase singularmente a este respecto la crisis antisemita en Argelia). Esa comunidad, al pasar de los años, no sólo había arraigado de hecho en Argelia, sino que quería estarlo con pleno derecho, con todo lo que el concepto derecho implicaba en este caso de implícita autonomía no sólo con respecto a Francia, más también con relación a que la dirección de Argelia correspondiera preferentemente a los habitantes de este territorio en los que se había formado una mentalidad y una psicología harto distinta de la de los *francois* o metropolitanos.

La derrota de 1940 indica el rápido deterioro de la obra francesa en Argelia, la cual se nos impone, como en anteriores dominaciones, una superposición que, en realidad, no ha modificado sustancialmente las estructuras sociales, económicas o mentales del país, a no ser en lo accesorio en el aspecto humano de la cuestión y, en el orden material, en aquellas zonas susceptibles de ser desarrolladas económicamente por el grupo dinámico de la población, sea la comunidad europea y, por vía de consecuencia, con una acción beneficiosa para la población autóctona de esos mismos territorios. De ahí el carácter muy peculiar y matizado de la coexistencia entre las dos comunidades distintas, cuando no opuestas radicalmente, coexistencia que fue—al menos tal nos sugiere la obra de Claude Martin—un equilibrio entre pueblos irremediabilmente diferentes, basada no sólo en una determinada relación de fuerzas y prestigio, sino también en una concepción del mundo en que la democracia y la colonización habían llegado a una buena componenda.

La victoria de las democracias anticolonialistas—Estados Unidos y la U. R. S. S.—, a la zaga de la cual triunfaron las democracias colonialistas—Gran Bretaña y Francia en primer término—, acarreó irremisiblemente la puesta en marcha de los nacionalismos, hasta tanto carentes de un clima internacional propicio para su desarrollo con visos de éxito. La insurrección de Indochina inaugura la serie en cadena de las reivindicaciones de los pueblos dependientes. La ineluctabilidad de la descolonización a partir de 1945 se le impone a Claude Martin como una evidencia matemática. Por ello el estudio minucioso de la insurrección argelina de 1954 se asemeja al frío estudio de un científico que señala las etapas de la agonía de un enfermo afectado por una epidemia cuyos miasmas están en el ambiente. El remedio al mal no estaría, en tal caso, en la medicación recetada al enfermo, sino en la destrucción de la epidemia, entendiéndose los falsos principios democráticos que asolan al mundo. Todo ello no pretende insinuar que Claude Martin no considere con la máxima simpatía a una Argelia francesa que, para colmo de males, llamó a gritos a su cabecera, el 13 de mayo de 1958, al galeno convenido de antemano que el remedio supremo era aceptar la enfermedad como un hecho irreversible. «La Argelia francesa había resistido Sedan y Dunquerque, lo cual prueba que el edificio era sólido: los desembarcos americanos en Argel y en Túnez le asestaron un golpe mortal.» Es que no sólo Francia había sido derrotada y había perdido la cara, es que se ponía de manifiesto con la victoria aliada, en la que tuvo preferente papel una potencia extraeuropea, que el centro de gravedad del mundo se había desplazado hacia áreas anticolonialistas, al menos anticolonialistas al estilo clásico. Ni la represión muy dura de 1945, decidida por el primer Gobierno del general De Gaulle, ni las oscilaciones de los gobiernos posteriores entre la nego-

## RECENSIONES

ciación y la represión pudieron impedir que el gran acontecimiento histórico de la victoria aliada de 1945 entrañara la pérdida por Francia de Argelia y el nacimiento de una nueva entidad nacional.

Con relación al futuro de Argelia, que queda fuera del marco muy preciso de su obra, Claude Martin, historiador profundo, lúcido y por ello un tanto escéptico, se abstiene de vaticinar. Se limita a apuntar conclusiones derivadas de la lección de la experiencia, esa experiencia que origina un estudio reflexivo de la Historia: «Hasta ahora—dice—Argelia ha visto alternarse en su suelo las dominaciones extranjeras y los períodos de anarquía. De los amos extranjeros que han reinado sucesivamente en este singular país, difícil de conquistar, imposible de ser asimilado y—hasta la fecha—incapaz de gobernarse a sí mismo, sólo han quedado algunos edificios y algunas ruinas. ¿Acaecerá lo mismo con la obra que Francia, durante más de un siglo, había levantado en esa tierra cautivadora y falaz?» Una interrogante cargada de reservas es la conclusión a que llega el autor de esta destacada obra, posiblemente la más estudiada de cuantas se han escrito sobre la Argelia francesa, aparte de imponérsenos pensada por una mente en la que el rigor científico se complementa con una originalidad poco común en la consideración de los hechos y de los comportamientos humanos, expuestos con una cautela, un sentido de la medida y una indulgente ironía que son de gran estilo. La interrogante final, estimamos, es además una prueba de la extrema probidad intelectual de Claude Martin. No pretende ser zahorí, sino simplemente historiador. Por lo cual se limita a proyectar su inteligente conocimiento de lo ya sucedido sobre el escenario argelino, cual luz que, imperturbable, ilumina los aciertos y los desaciertos de todo orden, los éxitos materiales, innegables, y los fallos en los métodos tendentes al logro de esos éxitos, enjuiciando en conjunto la obra de Francia en Argelia con una objetividad tanto más digna de ser subrayada que, con alguna frecuencia, el historiador entra en conflicto con el hombre en su dimensión sentimental al objeto de decir la verdad de lo que fue la Argelia francesa, patria chica de ese *piéd-noir* oriundo de Orán, es decir, de un historiador para quien la Argelia francesa fué humanamente una entrañable y vivida realidad.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA.

ROBERT C. NORTH: *Moscow and Chinese Communists*. Stanford University Press, Stanford, California, 1963, 310 págs.

Casi podría afirmarse que desde el principio mismo de la agitación y la lucha revolucionaria en China de carácter comunista han estado de manifiesto, con mayor o menor claridad, los motivos de discrepancia y hasta de conflicto con la dirección del Partido Comunista ruso. Esta situación es anterior incluso a la Revolución de Octubre, a partir de la cual el hecho de encontrarse en el Poder el Partido Comunista ruso introdujo necesariamente un factor nuevo en la cuestión. Esto y la circunstancia de que se haya llegado, ahora que también el Partido Comunista chino está en el Poder, desde hace catorce años, al punto de la máxima tirantez en unas relaciones en las que pudieran entrar en juego las cuestiones nacionales tanto como las ideológicas, aun cuando se hagan grandes esfuerzos por centrar en éstas toda la atención, es de por sí motivo más que suficiente para dar a este libro, *Moscow and Chinese Communists*, un interés mucho mayor que el que siempre tendría como el resultado de uno de los primeros intentos realizados en serio por enfocar la cuestión desde un punto de vista lo más rigurosamente histórico posible.

La obra en sí no es nueva, puesto que es la segunda edición del mismo libro publicado hace diez años, pero el hecho de haber sido objeto de una revisión a fondo y de haber sido traída hasta los momentos actuales es razón más que suficiente para

prestarle la mayor atención posible. Desde luego se puede decir ya que es una obra indispensable para todo el que tenga un interés especial por una de las cuestiones más importantes de nuestros días y, es más, para todo el que aspire a estar un poco al tanto de la intensa y ancha vida internacional de ahora. Una cosa que salta a la vista casi desde el primer momento—junto con la escasez e incluso la falta absoluta de materiales sobre algunos períodos en la etapa de formación y desarrollo del Partido Comunista chino, muy especialmente a causa de la pérdida de casi todo el material acumulado en los archivos durante la extraordinaria «Larga Marcha» de 1934 y 1935—es que Mao Tse-tung llegó a ser jefe del Partido Comunista chino a pesar y a veces en contra del Partido Comunista soviético y de la Comisión Ejecutiva de la Internacional Comunista, que nunca ha dejado de estar bajo su directo control.

En definitiva, las circunstancias mandan, y así, y a pesar de todo lo pasado, Mao Tse-tung advirtió, en junio de 1949, cuando ya está cerca la conquista comunista de todo el poder en la China continental, que «nosotros (los comunistas chinos) pertenecemos al frente antiimperialista encabezado por la Unión Soviética y tenemos que descansar en la ayuda amistosa de este grupo y no en los imperialistas».

Y se dice también en este libro: «Mao vió sólo dos opciones para el pueblo chino: había de decidirse por el lado del campo soviético o por el de los «imperialistas». Es imposible continuar entre los dos, añadió; no existe un tercer camino. Es más, si la Unión Soviética no hubiese existido, el «pueblo chino» no hubiera, de acuerdo con Mao, alcanzado aquellas victorias, porque la presión de las «fuerzas reaccionarias» internacionales hubiera sido mucho más fuerte».

Si fuese posible ver las cosas en un momento determinado como se habrían de ver pasado ya el tiempo, cuando unos hechos determinados—y seguramente inevitables—hubiesen llegado a producirse, para poder establecer claros puntos de comparación y contraste con algo que se había dado ya con anterioridad, ¡qué fácil hubiera sido prever el curso de los acontecimientos, el desarrollo ineluctable de rivalidades y antagonismos, quizá hasta de odios de vastas dimensiones continentales entre los comunistas rusos y chinos!

Desde los días de la Rusia zarista, allá por el siglo XVII, ¿no estaba ya en marcha el movimiento de expansión a través de la Siberia, hasta llegar, dice Robert C. North, a los días de la guerra de Crimea, cuando el interés de la Rusia imperialista en Asia se hizo agudo a la vez que evidente? A partir de este momento, añade, y según las palabras del príncipe Lobanov-Rostovsky, «se convierte en una ley de la historia rusa (el hecho) de que cada vez que Rusia se encuentra contenida en Europa intensifica su empuje por Asia».

Esta ley ha encontrado un complemento ideológico adecuado en la actitud de prevención, de recelo con que el comunismo ha solido contemplar al campesino. Ya en 1905, como se recuerda en este importante libro, Lenin escribió:

«Nosotros apoyamos al movimiento campesino hasta donde sea revolucionario y democrático. Nos estamos preparando (preparando para estar dispuestos al instante, inmediatamente) para luchar contra él siempre que se haga reaccionario y antiproletario. La esencia entera del marxismo está en esta doble tarea... Al principio, apoyamos hasta el fin y por todos los medios, incluido el de la confiscación, a los campesinos en general contra los señores feudales y después (o más bien no «después», sino al mismo tiempo) apoyamos al movimiento proletario contra el campesinado en general... nosotros ayudaremos con todo nuestro poder a todo el campesinado para hacer la revolución democrática *con objeto de que pueda ser más fácil para nosotros, el partido del proletariado, pasar lo más rápidamente posible a la nueva y más alta tarea: la revolución socialista.*»

Estaba claramente planteada, pues, una cuestión que se ha ido definiendo, explicando y reafirmando con el paso del tiempo, hasta llegar, en 1919, cuando ya el comunismo estaba en la Unión Soviética, a la definición de los aspectos «revolucionario» y «reaccionario» del campesino, cuando Lenin escribió: «El campesino como trabajador gravita hacia el socialismo, prefiere la dictadura de los obreros a la dictadura de la burguesía. El campesino como vendedor de grano gravita hacia

## RECENSIONES

la burguesía, el comercio libre, es decir, hacia el capitalismo «habitual» y «primordial».

Mao Tse-tung tropezó con grandes, enormes dificultades para llegar a ser lo que acabó siendo: el jefe absoluto, indiscutido casi, del comunismo chino, en parte por lo menos por el poco o ningún interés que puso en él durante años el Partido Comunista soviético (o la internacional comunista), que algunas veces llegó incluso a convertirse en una fuerza de oposición, precisamente porque, entre otras cosas, el origen social de Mao no inspiraba la menor confianza a un partido eminentemente proletario, asentado ante todo y sobre todo en el movimiento obrero industrial.

Este recelo, este antagonismo incluso, jugó también un papel de considerable importancia en ciertos momentos en el período de desarrollo del movimiento comunista chino, por la acción de las armas no menos que de la propaganda. Se contó, es más, con la inclinación—y hasta con la ayuda—del Gobierno soviético (y es de suponer que del Partido Comunista soviético) hacia el régimen de Chiang Kai-chek en los días de la segunda guerra mundial y en los comienzos de la postguerra. A partir del verano de 1943 y, en realidad, hasta el establecimiento de la República del Pueblo de China, en 1949, la Unión Soviética mantuvo y hasta buscó fortalecer una política oficial de apoyo a Chiang Kai-chek, aun cuando al mismo tiempo los comunistas, «nunca largamente fuera de contacto con Moscú», presionaron con condiciones que pudieran no desear que resultasen aceptables para los nacionalistas.

Al empezar este nuevo período se dieron «maniobras de superficie—como la disolución de la Internacional Comunista y la persistencia de los comunistas chinos en la demanda de un Gobierno «verdaderamente democrático» para toda China—que encubrieron las fundamentales políticas bolcheviques y persuadieron a muchos observadores a creer que Mao y sus camaradas habían roto con Moscú, no eran comunistas en realidad y ofrecían la única esperanza de una China emancipada y fuerte. Algún tiempo después—a medida que la debilidad del Kuomintang quedaba más de manifiesto y que los comunistas chinos, a través de repetidas demandas en favor de un Gobierno de coalición, se presentaban como los campeones de la causa democrática—esta apreciación irrealista empezó a figurar como un elemento en la política mundial y un factor en la actitud de los Estados Unidos hacia Asia».

Hasta un hombre tan resuelto, apasionadamente anticomunista como el general Patrick J. Hurley, enviado del presidente Roosevelt, llegó a informar, en diciembre de 1944: «Cuando yo vine aquí (a China), Chiang Kai-chek creía que el Partido Comunista de China era un instrumento del Gobierno soviético de Rusia. Está ahora convencido de que el Gobierno ruso no reconoce de ninguna manera al Partido Comunista chino como comunista y que: 1) Rusia no apoya al Partido Comunista de China, 2) Rusia no quiere disensiones ni guerra civil en China y 3) Rusia desea relaciones más armoniosas con China...»

Y si las negociaciones que habían continuado hasta 1945, gracias sobre todo a la insistencia y paciencia del general Hurley, acabaron en el momento en que emprendió el regreso a Washington, no por eso dejó de ser optimista y de comentar:

«Hago un alto para observar que de este capítulo tan discutido sobresalen dos hechos: 1) los comunistas chinos no son, en realidad, comunistas, pues se esfuerzan por la afirmación de principios democráticos, y 2) el partido único, el Gobierno del Kuomintang de un solo hombre, no es en realidad fascista, pues está luchando por los principios democráticos. Tanto los comunistas como el Kuomintang tienen un largo camino que andar, pero si conocemos nosotros la dirección, si tenemos la mente despejada y somos tolerantes y pacientes, podremos servir de ayuda. Pero ser pariente es de lo más difícil en un tiempo en que las fuerzas unificadas de China están tan desesperadamente necesitadas de nuestro esfuerzo armado.»

El clima de confusión duró largamente, no sólo por existir indicios claros de fricción o recelo entre Moscú y Pekín, incluso en los días de colaboración activa y en muchas direcciones, sino por el carácter peculiar que desde el principio tuvo el régimen de Mao, con una inclinación irresistible hacia el extremismo, hacia lo que siempre tuvo en guardia a Lenin y otras figuras del Partido Comunista soviético, mez-

## REVISIONES

clando a menudo conceptos idealistas y hasta románticos, algo propio de un poeta, con cosas tan duras como la revolución. Confusión, y mucha, se produjo con aquella invitación para que se permitiese «a un centenar de rosas que florezcan, a un centenar de escuelas de pensamiento que contiendan», llamamiento que tuvo una respuesta tan entusiasta y general que fue la razón—o el pretexto—de una nueva y más rigurosa imposición de la disciplina y el castigo de las «desviaciones» y los «errores».

Las diferencias entre Moscú y Pekín, entre el Partido Comunista chino y el Partido Comunista soviético nunca dejaron de existir de hecho, no han surgido ahora; sólo se han agravado de tiempo en tiempo, y de manera muy especial a partir de los días en que Pekín empezó a sospechar que la Unión Soviética no sólo no iba a poner en sus manos la bomba atómica, con la cual se podría amenazar a Chiang Kai-chek (y a los Estados, si fuese preciso), sino que iba a mostrar incluso grandes inclinaciones a negociar con los Estados Unidos, en busca de una posible suavización de las tensiones y rozamientos internacionales. Tirantez, colaboración—con dos empréstitos del equivalente de unos 450 millones de dólares en el período de 1951-1960, ayuda técnica de mucha importancia, etc.—y al mismo tiempo algo que el autor de *Moscow and Chinese Communists* califica como tanto más extraordinario en las circunstancias de entonces, el hecho de que «en el curso de unos pocos meses—entre junio y diciembre de 1947—la Unión Soviética y China parecieron trocar los papeles. A partir de entonces, y especialmente con el desarrollo de la llamada controversia chinosoviética, los chinos empezaron a insistir más y más en una mayor centralización dentro del bloque (comunista), conjuntamente con una mayor agresividad hacia el Occidente, mientras los rusos aparecían—relativamente—como campeones del pluralismo, de una confederación floja de Estados soviéticos fraternos, conjuntamente con una política de mayor tolerancia hacia el Occidente».

China, la China de Mao Tse-tung, había llegado a una conclusión que estaba en pugna abierta, quizá irreconciliable, con la política de la Unión Soviética. Para Robert C. North, su expresión más llamativa, quizá más significativa también, corrió a cargo del propio Mao, durante un discurso pronunciado ante un grupo de estudiantes chinos en la Universidad de Moscú, en noviembre de 1957. Hay versiones un poco diversas, pero en el fondo coincidentes en general. La recogida por Mr. North dice así:

«Yo (Mao Tse-tung) estimo que la situación actual del mundo ha alcanzado un nuevo punto decisivo. Soplan ahora dos aires en el mundo: el aire del este y el aire del oeste. Hay este adagio chino: Si el aire del este no prevalece sobre el aire del oeste, entonces el aire del oeste prevalecerá sobre el aire del este. Creo que la característica de la situación actual es que el aire del este prevalece sobre el aire del oeste; es decir, la fuerza del socialismo excede a la fuerza del imperialismo.»

JAIME MENENDEZ.